

# TONY BÁEZ MILÁN

w r i t e r • f i l m m a k e r

## La mecánica y el coquí\*

por

Tony Báez Milán

Les tomó tiempo darse cuenta de que la Isla había dejado de ser la misma. Dieron reportajes, pero nadie prestó atención. Los científicos se cansaron de advertirlo, que estaba a punto de suceder, que los números estaban muy bajos, que no se había visto ninguno hacía bastante...

Veían televisión distraídamente, la madre, el padre, los dos pequeños gemelos idénticos. Afuera, en la noche cálida, un viento constante y sereno mecía los apagados flamboyanes del campo. Una que otra nube pasaba quieta sobre la montaña. La luna echaba su tenue luz en las esquinas oscuras y silenciosas de las jaldas.

\*Puerto Rico. Batracio minúsculo que produce sonidos nocturnos intermitentes, en una amplia gama de timbres.

Uno de los gemelos, durante los anuncios, dejó de pensar en musarañas y al fin notó la rareza en aquella noche. Su hermano lo miró, fruncieron los ceños, y se entendieron. ¿Oían bien? Lo que decían por televisión, los científicos con sus cantaletas, la gente de por allá abajo diciendo que era verdad. No podía ser.

El programa continuó y no les interesó. Se oía el viento... chillaba un grillo... se alumbraba uno que otro cucubano...

Salieron a la histórica noche. Observaron por largo rato y en silencio desde la oscurecida marquesina. Sus padres bajaron el volumen del televisor, salieron también, acaso al sentir la ausencia de los gemelos. El viento se tornaba frío.

Volvieron adentro sin descubrir lo que sucedía. Antes de cerrar la puerta, uno de los gemelos se volvió y su hermano lo miraba. Entonces, estaban de acuerdo.

“¿Qué pasa?” preguntó la madre.

“¿Qué es?” indagó el padre.

Los dos muchachitos aún se miraban, y uno dijo:

“El coquí”.

La madre se tapó la boca, horrorizada.

El padre, perplejo.

“Escuchen”, dijo el otro gemelo.

Escucharon.

“No es posible”, dijo la madre con la mano aún a la altura de la boca.

Los gemelos le dieron la vuelta a la casa. Muy al rato, anunció uno: “Nada”.

“Ni pío”, corroboró el otro.

La madre miró al padre. “Ay, ¿será verdad?”

“Pues...” susurró él, tratando aún de escuchar algo. “Tal parece... Es que...”

Lo presintieron los gemelos: no era que el coquí estaba en peligro de extinción; era que estaba, a partir de aquella misma noche, extinto. El último estuvo por allí. Con los finales rayos del sol aquel día, dejó de vivir.

Al tratar de irse a dormir, silenciosos cual la noche, a la familia se le olvidó hasta apagar el mudo televisor.

En la sala, muy entrada la madrugada, entre los anuncios, se veía la imagen del coquí.

El viejo vivía en una casa frente al mar. Adyacente tenía una casita color rosa, donde se pasaba horas y horas haciendo no se sabía qué. Había sido perito electricista, pero al jubilarse le dio con meterse a inventor. Entre otras cosas, hizo una caja rectangular con un tubo de luz

fluorescente, con un motor para que la caja subiera y bajara desde el espaldar de su cama, para poder leer de noche. Tenía una yola en el muelle y se inventó una grúa para bajarla y subirla del mar.

Esta mañana, al día calentar, que siempre esperaba a que calentara el día, se fue a la casita color rosa, a husmear por los estantes repletos de tuercas, de tornillos, de motores, de antigüedades como él. Habría algo con qué trastear, algún nuevo proyecto. Subió las escaleritas, abrió el candado, entró; prendió la luz, le dio manigueta a las ventanas para que entrara la luz del sol. Tropezó con un pequeño motor en el piso; lo miró, frustrado.

“Un día de estos”, le dijo al motor.

Había venido sin ideas. Caminó lentamente por el lugar, mirando las filas de gavetitas transparentes, repletas de alfajías, de fusibles, de transistores e interruptores, de bujías y lucecitas, de alambres, de estaño y de hierro, de aceros inoxidable, de factores x, de combustibles y de aceites y de baterías. Colgados en las paredes había destornilladores, alicates, llaves perro, lijas, martillos, taladros, sierras eléctricas, extensiones. En una esquina tenía una prensa, y maquinaria para hacer trabajos de precisión, para cortar cosas grandes o diminutas. Tanques de acetileno. Cuanto tipo de

pegamentos. Varios tipos de gafas, de lentes y de lupas. En el centro de la casita, de su almacén-laboratorio, tenía una mesa de trabajo. Hoy estaba limpia, desierta. Había un pequeño espejo de pedestal; se vio brevemente, blanco, de pelo igual; arrugada la piel; con su fatiga del ejército puesta. Comenzaba a sudar y prendió el abanico en una esquina del techo, que prendía con un switch en una pata de la mesa. Le daba el aire pero no le quitaría el sudor de encima, pues no sudaba tanto del calor sino del aburrimiento, del no saber qué hacer. Opuesto al abanico, en el techo al otro extremo de la casita, estaba instalado un televisor; con el control remoto que había hecho él mismo, lo encendió.

La imagen del coquí apareció en la pantalla. Diferentes retratos de distintos coquíes. Dos señores engabanados hablaban en un estudio de televisión, seguramente discutiendo lo sucedido, que ya era muy tarde, que ya para qué. El viejo los veía, agitados, y se imaginaba la conversación pues no subió el volumen.

Volvían las imágenes del coquí:

Colorcito marrón, sobre una hoja.

Cremoso, sobre una piedra.

Dos de los extintos sapitos, de ojos bien abiertos, en cautiverio, como mirando a quien los miraba.

Al fin subió el volumen, justo a tiempo para escuchar el cantar:

Co-quí.

Cooo-quí.

Apagó el televisor con una mezcla de enojo y emoción. La bombilla de la mente ya estaba prendida, candente.

Tomó inventario. Una por una abrió y examinó las gavetas del lugar, las piezas que tenía desparramadas. No tendría lo necesario, pero por allí tenía todos los números de *Mecánica Popular* y cualquier cosa que le faltara seguro que se podía pedir por correo.

No dudó de la idea un solo instante. Le pareció lo más normal del mundo.

Quería construirlo, confeccionarlo de elementos metálicos y electrónicos.

Mecánico.

Que cantara y todo.

Un coquí.

Como al pedir la orden marcó el encasillado de *rush*, las partes que le faltaban llegaron en seis días. Había tomado ese tiempo para el diseño, el cual tenía ahora frente a él, un esquema dibujado a mano, pegado en la pared

junto a un afiche a colores de un coquí. Tenía también otras referencias—unas postales con la ranita, variadas fotos, un artículo de GeoMundo.

Abrió los paquetes, vació todas las partes. Miró bien el esquema, las imágenes que lo rodeaban. Se esforzaría mucho con este invento, se empeñaría. Se puso unos grandes lentes para trabajos de precisión.

Por varias horas se escucharon desde la casita los ruidos de las sierras, los taladros, las lijas; se vio el parpadear del acetileno, el extraño resplandor cegador de alguien soldando; el viejo ex-perito electricista, ahora inventor, con su máscara-casco; detrás de la oscura ventanilla, los ojos calmados, quietamente aguzados.

Las ventanas de la casita color rosa resplandecían de día y más aún de noche; provenían de allí unos sonidos constantes y estridentes. El viejo salía muy de vez en cuando, a comer, a tomar el aire del mar en el muelle.

Tardó una semana entera en lograr que funcionara algo, y llegó a perder la noción del tiempo.

Hizo prototipos de coquí: el primero pareció más un perrito; hubo uno que le salió muy grande; otros, deformes; hasta que por fin le quedó uno bastante bien.

En cuestión de forma y color, pintado a air brush, parecía un coquí aunque aún no cantaba. Había dejado

espacio por dentro para eso, y cuando al fin resolvió el problema le puso la cajita de sonido. Condujo la prueba—

Coquí.

Subió el volumen.

COQUÍ.

Le había injertado un sensor para que al caer la noche prendieran los ojos y empezara a cantar. Le hizo más pruebas de rigor y al terminar un día lo dejó afuera, entre las matas, y se fue a su casa.

En la sala, se postró frente al televisor, le bajó bastante el volumen. Vagamente se escuchaban, deshaciéndose, las olas del mar. Se imaginaba al sol que bajaba en el horizonte, que se escondía tras el mar; por las ventanas se veía el día fundiéndose...

Prestó atención desde su butaca, le bajó todo el volumen al televisor...

...co-quí...cooo...quí...

¡Coquí!

Sonrió, algo satisfecho. Veía en el televisor, que lo había dejado en un canal dedicado a las ciencias y a la naturaleza, que nacía un bebé. Cambió el canal, pero se quedó pensando en aquel evento—el nacimiento de un niño.



Al irse a dormir, escuchando a su coquí aún cantando, no podía dejar de pensar en aquel bebé que había nacido, en las generaciones que venían...

Por la mañana se levantó antes que de costumbre. Ordenó más piezas, que necesitaría tantas más, y un par de herramientas que aligerarían el paso ahora que se disponía proceder a manera de línea de ensamblaje. Trabajó hasta muy tarde. Al otro día regresó más temprano aún y muy pronto estaba obsesionado.

Día a día continuaba. Llegaban las piezas en cajas cada vez más grandes. Ya no cabían en la mesa de trabajo, así que ponía lo coquíes por donde se pudiera. El viejo, dios de los sapitos mecánicos, seguía haciéndolos. Los inspeccionaba, sólo uno que otro inservible, casi todos en muy buena forma. Les vertía agua encima, los sumergía, pues tenían que ser impermeables. Los dejaba afuera de noche para escuchar los silbidos.

No supo cuánto tiempo se pasó construyendo ranas, examinando, probando, pintando, certificando con sus iniciales, A.M.I., en tinta imborrable y visible sólo con luz ultravioleta.

Llegó el día en que perdió la cuenta. Sabía que tenía bastantes, suficientes para poner muchos en cada uno de los setenta y ocho pueblos.

Se levantó una mañana, se puso ropa de salir, se comió una galleta de manteca, tomó café y salió a comenzar la última parte de su operación.

Tenía un Maverick verde y lo llenó de coquíes. Salió a darle la vuelta a la Isla, a adentrarse por los campos, a subir y a bajar montañas. Conseguía lugares bastante tranquilos, frondosos; se bajaba del carro, miraba a su alrededor, que nadie lo viera; iba y ponía uno o dos coquíes por allí. Volvía al carro, seguía para más arriba o más abajo, y ponía uno o dos más. De vez en cuando dejaba también un papel sellado en plástico, con instrucciones para reparos, qué hacer si se agotaba la batería, cómo construir más; al dorso el papel tenía copia del esquema.

Por largo tiempo siguió viajando, hasta que visitó cada pueblo. Lo más cerca que estuvo de ser descubierto fue cuando una mañana dos niños gemelos, haciendo brusca, se le aproximaron. Lo observaron depositando algo en la yerba. Cuando se volvió, lo miraban fijamente.

“¿Qué usted hace ahí?” le preguntaron sin expresión alguna.

Él los miró un momento, y sin expresión alguna les contestó, y los niños no entendieron:

“Dejándole algo a sus hijos”.

Por toda la Isla se escuchaba. Misteriosamente se oía el coquí al caer la noche. Muy de vez en cuando había una rareza en el silbido, como que se fundía... co-quííí-ooouuuu...

Hubo algo que sorprendió al viejo, y era que a pesar de todos los reportajes, nadie decía que había visto al coquí. Los reporteros decían que lo escuchaban pero que no lo habían visto, que era extraño, que en realidad parecía que el coquí había vuelto. Se llegó a pasar una ley, que el que consiguiera un nuevo coquí y lo maltratara, iba preso.

El inventor disfrutaba de todo esto, postrado frente a su televisor al caer la noche.

“¿Qué le parece?” se decía a sí mismo. “¿Qué le parece?”

Y mientras sonreía pensaba en aquel bebé que había visto por televisión, que había nacido. Al oscurecerse el

mundo, el viejo escuchaba... Dos nuevos coquíes, entre las matas cerca de su casita color rosa, donde desafiaba a la humanidad y a la evolución, donde hacía milagros, cantaban sin cesar, silbando: co-quí... co-quí... cooo-¡quí!...

Muy entrada la noche, entonces callaban. En la mañana, recargaban baterías con los rayos del sol.

El antiguo perito electricista, que pensaba en su logro, en lo que sabía, dormitaba. Dormitaba y sonreía...